

# La Kukulá

BOLETIN DE DIFUSIÓN HISTÓRICA Y CULTURAL DE LA VILLA DE BURGUI

OCTUBRE 2026 N° 82

## EL BORDALTE: PIEDRA SOBRE PIEDRA

### ARQUITECTURA VERNÁCULA PASTORIL EN EL VALLE DE RONCAL

#### CUANDO BAJA LA BOIRA

Hay un momento, en los altos del Pirineo navarro, en que la *boira* —la niebla, como se dice por aquí— remonta desde el fondo del valle y borra de un manotazo lo que el verano había dejado a la vista. Se apagan primero los hayedos, después las lomas peladas, por último el son de los cencerros. A veces, horas más tarde, cuando la *lantxurda* vuelve a abrirse el paisaje parece el mismo y no lo es del todo. Entre las piedras grises, como si hubieran estado esperando su turno, han aparecido unos pequeños manchones que no son roca ni monte. Una cabaña de muros bajos y tejado vencido. Un pasillo de postes con restos de portillos. Un corral de piedra seca cuya puerta ya no cierra nada.

Son los hitos de una comunidad que durante siglos pasó por estas laderas sin más firma que esas construcciones, y que no escribió su historia porque estaba demasiado ocupada en vivirla. Quien sabe leerlos encuentra en ellos una gramática completa. Observa cómo se reparte un monte, cómo se calienta un cerdo, cómo se guarda la sal para que no se moje, cómo se levanta un tejado capaz de sacudirse la nieve de encima. Quien no sabe, ve piedras, ruinas o simples casetas. Este artículo es un intento de enseñar a leer esa arquitectura vernácula en el Valle de Roncal. Un paraje donde las bordas se escalonan a lo largo del Ezka, desde las vegas de Burgui hasta los altos de Belagoa. Es la lectura de una tierra de ovejas, de hayedos y de nieve, donde la gente aprendió pronto que, para vivir en lo alto, hay que construir a escalones. Lo que sigue es un paseo por esa arquitectura pastoril —sin arquitecto, sin firma y casi sin adorno— y una invitación a mirarla de otra manera. A hacerlo no como un catálogo de edificios, sino como una escalera. Tres peldaños de piedra, madera y tepe que ascienden del fondo del valle a las cumbres. Edificios que explican, mejor que muchos tratados, cómo una sociedad aprendió a vivir en un territorio áspero, a nombrarlo, a repartírselo y a no estropearlo. Además, es una escalera de piedra que ya casi nadie sube. De ahí la urgencia de esta mirada: lo que se derrumba con los muros no son solo muros, sino palabras, gestos, calendarios y pactos que se sostenían en ellos.

#### UN PAISAJE PASTORIL DE MONTAÑA

El pastoreo vasco-pirenaico no organiza la montaña como una ladera continua, sino como una sucesión de escalones contruidos al ritmo de las estaciones. A cada altitud, coloca un edificio distinto, ajustado a la tarea que se hace en él y a la dureza del clima que le toca soportar. En el Valle de Roncal ese gradiente se resuelve en tres peldaños: la borda de fondo de valle o *bordalte*; con su variante de doble altura; la borda de majada, a media ladera; y la *txola* del puerto alto. A medida que se gana altura, los edificios pierden volumen y complejidad, como si la montaña fuera exigiendo, a cada

paso, despojarse de lo accesorio. El principio no es exclusivo de Roncal. Con otros nombres y otras proporciones se repite en Zuberoa (*kaiolar*, *olha*), en la Baja Navarra (*bortaldea*, *etxano*) o en los valles del mediodía pirenaico cercano. Quien conozca esos paisajes se siente, al llegar a Roncal, a la vez en casa y en tierra extraña pues ve particularidades propias. Conviene advertir que esta arquitectura no aspira a la belleza. Ya en los años treinta hablaba Leopoldo Torres Bal-

bás de un arte espontáneo, anónimo y humilde, y en 1964 Bernard Rudofsky dedicó una célebre exposición del MoMA a lo que llamó «arquitectura sin arquitectos». En Roncal el arte no primaba, dejaba todo el protagonismo a la funcionalidad. Estos edificios servían para dar cobijo al pastor, hacer de establo, almacenar forraje y, en los pastos de altura, ordeñar y elaborar queso. Y sin embargo —o precisamente por eso— hay en ellos una elegancia que no se compra, la de lo que no tiene nada que sobre.

Para entender qué tienen estas piedras de patrimonio hace falta un cambio de mirada. La antropología del territorio ya señala cómo las comunidades se apropian del espacio. Distingue entre el espacio, que es lo que simplemente está ahí, y el territorio, que es lo que un grupo humano ha trabajado, repartido, nombrado y contado. Un valle es espacio; Roncal es territorio. Y los territorios no se heredan solo en forma de muros; se heredan también como lenguas, calendarios, costumbres, derechos y relatos. Los edificios que vamos a recorrer son el esqueleto visible de todo eso.

Si se mira así, la escalera cobra movimiento. En verano, buena parte de la población se desplazaba con el ganado a las bordas del fondo, a las majadas de media ladera, a los puertos. En los altos se ordeñaba y se hacía el queso o requesón; abajo se guardaba el forraje y se vivía en vecindad. El año entero era una subida y una bajada, y cada peldaño, una estación del camino. El cuadro siguiente los resume.



| Peldaño                                     | Dónde                                    | Fábrica y cubierta                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         | Qué se hacía                                                                                            |
|---------------------------------------------|------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Borda de fondo de valle ( <i>bordalte</i> ) | Llanos y vaguadas junto a los pueblos    | Mampostería de piedra seca o con mortero pobre de cal; cubierta de madera trabajada a hacha, antes de tablilla de haya y después de teja. En el caso de las bordas corral de doble altura de las vegas más bajas se daban dos cuerpos adosados de distinta alzada; muros de 50-70 cm con ventanas <i>fusileras</i> ; teja curva; toska en el frontal alto. | Establo, pajar, guarda de forraje y almacén; vivienda de verano de buena parte del valle                |
| Borda de majada                             | Media ladera, puerto bajo                | Muros de 65-70 cm con toska arriba; ventanas <i>fusileras</i> ( <i>leixumëak</i> ); cubierta sobre durmientes                                                                                                                                                                                                                                              | <i>Muidera</i> , almacén agropecuario, cobijo ocasional del pastor y vivienda en la temporada de puerto |
| <i>Txola</i>                                | Puerto alto, por encima de 1.400-1.600 m | Piedra seca «a hueso»; cubierta a dos goteras, a 45 grados, de taskas                                                                                                                                                                                                                                                                                      | Cobijo mínimo, ordeño ( <i>muidera</i> ) y primera quesería ( <i>ganztegi</i> )                         |

### PRIMER PELDAÑO: EL BORDALTE

En los llanos y vaguadas próximos a los pueblos se levanta la mayor de las tres construcciones, la borda de fondo de valle. En el habla local es el *bordalte*, término que, en rigor, designa la borda junto con sus anexos, sus campos y su era. En verano, estas bordas acogían a buena parte de la población de la comarca roncalesa, entregada a las faenas del campo y del ganado. En el paraje de Sasi, en Burgui, llegaron a vivir hasta trescientas personas repartidas en bordas habilitadas para ello: casi se podría decir que ahí o en Belagoa se establecía un pueblo de temporada a modo de caseríos que aparecía con el buen tiempo y se desvanecía con el otoño.

La borda de fondo de valle admite dos variantes en planta. La corta mide entre siete y ocho metros de ancho por trece o quince de fondo: un rectángulo de proporción 1:2. La larga conserva la anchura y añade un módulo más, hasta los veintidós o veintitrés metros: proporción 1:3. Ningún plano las dibujó; las trazó la costumbre.

Los muros son de mampostería de piedra seca «a hueso», o de caliza recibida con un mortero pobre de cal —mucho arena, poco conglomerante—. Se organizan por dentro con *basakanas*, tabiques de madera; *collandas*, pilares de madera que compartimentan las paredes de *toska*, y con machones de piedra que alivian la luz de las vigas principales. Pero el verdadero lucimiento del *bordalte* está en la cubierta, una carpintería trabajada a hacha cuya lógica se repite como un estribillo en todas las bordas del valle. Arriba del todo reina la *bizkarra*, viga de cumbrera de abeto, elegido por ligero y resistente. De ella y de los muros parten las *arnaiak*, correas laterales de pino; sobre ellas se clavan las *idargeak*, las latas; y sobre tales, el tejado. La cubierta en origen fue de *tablilla* de haya u *ôl* —rasgo de toda la arquitectura pirenaica de montaña—; después de teja, plana en las bordas del norte y curva, de media luna, en las del mediodía.

Bajo ese tejado conviven, en dos niveles, tres funciones. En la planta baja, el *apal*, de tierra apisonada —*lur il*—, está el establo, que en las bordas largas lleva dos hileras de pesebreras de madera recorriendo ambos laterales de la nave. Encima se extiende el *sabaiao*, el piso del pajar, con un suelo de tablones, la zerrola, y en una sección menor del mismo, *ganbra*, se destinaba el espacio a almacén. En esta borda no se ordeña. Esta labor queda reservada a las bordas de altura. Para llegar al *sabaiao* sin esfuerzo, el constructor aprovechaba el desnivel. Se disponía la borda «a contra terreno» lo que permitía entrar al pajar a pie llano o por rampa por la parte alta, sin polea con que subir la hierba.

El gran enemigo de este tipo de construcciones es la humedad, y se combate en dos frentes. Por dentro, el *argullón*, un canal o acequia interior, cubierto con losas o abierto según

los casos, recoge las escorrentías y las saca del edificio. Por abajo, el arranque de piedra seca de la cimentación corta la capilaridad. Donde la madera queda más expuesta a la intemperie se prefiere el roble, más resistente que el abeto o el pino.

Alrededor de la borda, el paisaje se completa. En Isaba era frecuente plantar junto a ellas un nogal que diera sombra, o cascabillos —una variedad local de ciruelo—, cerezos y otros frutales. Y rodearlas de boj, a modo de protección, es una práctica documentada en los siete pueblos. Con este *ezpel* o boj se señalaba también el *margin*, el límite del campo en el *bordal*. Hay en ello una arquitectura que no acaba en el muro y que se prolonga en el árbol y en el seto, y ningún plano la recoge.

En las llanuras de la vega del Ezka o del río Belagoa, aparece una variante singular del *bordalte*. Se trata de la borda-corral de doble altura. Reproduce el repertorio técnico de la borda larga, pero lo reorganiza en dos cuerpos rectangulares de distinta alzada, adosados longitudinalmente, cada uno con su propia cubierta a dos aguas. Esa disposición, propia del crecimiento orgánico de la arquitectura popular, delata un edificio que fue creciendo con sus necesidades. Por un lado, cobijo para el ganado; por otro, almacén de forraje y aperos; y a los costados, las cocinas, los camastros, las *txerritegis*.

Es, además, un edificio de llanura, y eso explica mucho. Donde el tejado encuentra el muro, un *rafe* —alero saliente— aparta el agua y la nieve de las paredes; y a lo largo de la cumbrera, una línea de tejas llamadas *tejón* impide que la lluvia se cuele por la juntura. En el muro se abren ventanas *fusileras* con su alféizar, el *solarète*, a nueve varas navarras de distancia, según la regla general del valle. Hay un detalle que enamora a los arquitectos. El frontal del volumen más alto está hecho de *toska* entreverada de *collandas* de madera. La razón es de pura lógica estructural: como la planta inferior es diáfana, la carga de ese cierre no la recibe un muro, sino una viga, y había que aligerarlo. Se recurre entonces a la piedra más ligera del valle, esa roca porosa que nace cuando el carbonato cálcico disuelto en el agua precipita sobre musgos y raíces y, al mineralizarse, queda con su molde hueco. La *toska* no es aquí un capricho estético, sino un cálculo.

### SEGUNDO PELDAÑO: LA BORDA DE MAJADA

Subamos a media ladera. Allí, en el escalón intermedio del puerto bajo, aparece la borda de majada. Se trata de una edificación más pequeña que la del llano, de planta aproximadamente trapezoidal o rectangular, pero de fábrica notablemente más consistente que la de la *txola*. Sus muros, de mampostería en seco o recibida con barro, rondan los sesenta y cinco o setenta centímetros de espesor. Esta es una



medida tan constante en el valle que puede considerarse el estándar roncalés.

Para ventilarse, la borda confía en pequeños vanos fusileiros, los *leixumëak*. Son ventanas estrechas, a modo de arpilleras, que renuevan el aire sin abrir demasiado el muro y llevan en el hueco un resalte pensado para que no se cuecen los ratones. Están espaciados con una regularidad casi obsesiva, proporción que se mantiene en todos los modelos de borda del valle. Una norma sin papel, aprendida mirando cómo se hacía.

Sobre los muros descansa una cubierta a dos aguas que al igual que la de la del fondo del valle, no suele resolverse con cerchas, sino con un sistema apoyado en simples durmientes sobre la piedra. Hoy lo normal es la teja, aunque algunas construcciones conservaron la *tablilla* hasta finales del siglo XX y no pocas cambiaron su tejado, en los años setenta, por planchas de fibrocemento, la *uralita*. La pendiente ronda el cien por cien, como en las *txolas*, y se suaviza en el alero para que la nieve no caiga de golpe sobre el *rafe*.

Dentro, la borda de majada combina la función de *muidera* con la de cobijo ocasional del pastor, y rara vez dispone de una cabaña independiente. El propio interior sirve de vivienda durante la temporada de puerto. Junto al hogar, el camastro, a menudo elevado sobre estacas y cubierto de tablas y ramas de boj; y del techo cuelgan las alforjas y la ropa, a salvo de los roedores. En los años setenta, en las bordas del llano de Belagoa, algunos hogares incorporaron campana y chimenea, el *txarabil*. Y en las casas fuertes, como Santxena, en Vidángoz, la quesería llegó a segregarse en un edificio propio y en la borda se estabulaban hasta trescientas ovejas. La arquitectura, en el valle, también hablaba de rango.

Delante, una *barrera* de piedra o un cercado de estacas con *garos* y con *keletas*. No era raro que los pastores subieran gallinas y cerdos a la majada en primavera. Los cerdos —*txerri*, *urde* o *cuto*, según quién los nombrase— se alojaban aparte, en cochiqueras llamadas *txerritegi*, *azoilia* o *urdan-tei*, adosadas a un muro. Si había cereal cerca, no faltaba la era, el *llarne*, para trillar. Una majada era, en suma, una pequeña granja de montaña con tejado.

### TERCER PELDAÑO: LA TXOLA

Entre los 1.400 y los 1.600 metros, en el puerto alto, ya no hay mucho que ver y apenas hay dónde guarecerse. Ahí se alza la *txola*, la más humilde y expuesta de las cuatro tipologías. Es una sencilla *txabola* de piedra y tepe que sirve a la vez de *muidera*, de *ganztegi* —la quesería— y de cobijo mínimo para el pastor durante el verano en el *bortúa*, los puertos pirenai-

cos. No siempre se necesitaba y solo se levantaba cuando la borda de majada quedaba lejos del *trozo*, la parte del puerto asignada ese año a la casa para el pasto del ganado.

La *txola* se construye en piedra seca «a hueso» y sin labrar, sin mortero, encajada pieza a pieza. Sobre esos muros bajos se alza una de las cubiertas más primitivas del Roncal. Es una estructura ligera de madera, de pendiente pronunciada —unos 45 grados, que equivalen a una inclinación del cien por cien—, que expulsa con rapidez la lluvia y la nieve. El tejado «a dos goteras» baja de la cumbre hasta el suelo formando una V invertida. Se cubría con *taskas*: tepes de hierba cortados del propio pasto y colocados a la inversa sobre el *zureri*, el maderamen. Con el tiempo, esa piel vegetal cedió el sitio a tablillas, tejas, fibrocemento y, al final, placas asfálticas onduladas. Por ello, un tejado de *txola* se lee como un registro de lo que, en cada época, hubo a mano. Dentro, nos topamos con un pequeño fogón, el *hogaril*, adecentado con piedras. El camastro, o *kame*, se levantaba sobre una base de tablas cubierta con ramas de *falaguera* —helechos— y, si las había, de boj. Este era más apreciado porque retenía bien el calor. Encima se cubría con pieles de cabra u oveja y mantas. No hay chimenea por lo que el humo sale por las rendijas del tejado, y esa falta de tiro ennegrece las paredes. El *hogaril* tenía una repisa donde esperaban las teas para encender el fuego. Junto a ellas, una teja sobre la que se ponía la sal, que así se mantenía seca. Era la salera más ingeniosa del Pirineo, y probablemente la más barata. La *txola* se coloca siempre a la contra del cierzo, el viento del norte, que en Roncal tenía varios nombres según su humor: *ipar beltza*, el vendaval; *finá*, el que llega del noreste; *gorria*, el frío del norte; y podía acabar en *uxina*, una nevada fina con aire, cuando el día se torcía. Se buscaba así un interior algo más aireado pero protegido y seco. Por la misma razón, la pequeña quesería se sitúa en la parte trasera, la más resguardada del sol y, por tanto, la más fresca. Y junto al muro, que hace de contrapared del hogar, se levantaba una cochiquera sencilla, la *txerritegi*, de *garos* —postes y listones de pino— y techada de *taska*. Así, el calor residual del fuego ayudaba a que el cerdo se criara mejor. La *txola* es, literalmente, el prado vuelto del revés. Un tejado de hierba sobre un muro de piedra de la misma ladera, un edificio que se confunde con el monte y que, al abandonarse, regresa a él sin dejar cicatriz.

Fuera, dos hileras o *rías* de *garos* de pino ordenan sobre una pequeña plataforma plana la *muidera*. Esta era un pasillo de metro y medio a dos metros de ancho, flanqueado por barreras de madera, las *keletas*, que no deja pasar más



que una o dos cabezas a la vez. Aquí empieza ya el patrimonio inmaterial a surgir en el paisaje. Un pasillo de postes con nombre propio es algo más que una infraestructura. El queso recién moldeado reposaba unos días en el *ganztegi* antes de bajar a madurar a las casas ganaderas de las siete villas. Los requesones se colgaban a secar de un palo, el *estiguei*, o, con suerte, de las ramas de un hayón cercano.

### PIEDRA, MONTE Y PASTO: EL PAISAJE QUE HICIERON LAS MANOS

Hasta aquí hemos hablado de edificios. Pero un edificio nunca está solo. Se levanta sobre un lugar, con materiales cercanos y para sacarle provecho a ese entorno, y con el tiempo acaba haciendo el paisaje. Aquí es donde la arquitectura vernácula se vuelve paisaje. El Convenio Europeo del Paisaje, firmado en Florencia en el año 2000, lo expresa con una claridad que los pastores roncaleses habrían suscrito sin haberlo leído: paisaje es el territorio tal como lo percibe la gente, y su carácter resulta de la acción y la interacción de factores naturales y humanos. Ni lo uno ni lo otro. En realidad, las dos cosas están entrelazadas.

Basta mirar de qué están hechas las bordas. De la ladera, la piedra de monte; del río, los cantos que el agua pulió; de las fuentes calcáreas, la *toska*; del hayedo, las tablillas; del abeto, del pino y del roble, las vigas; del propio pasto, las *taskas* de la cubierta de la *txola*. La piedra seca guarda otra lección. Las piedras más grandes iban en la base y en las esquinas, para dar estabilidad; en las esquinas se preferían las de río, más resistentes, labradas a modo de sillares; para el resto se usaba piedra del lugar, sin labrar. Y a la vez que construían el edificio, los constructores limpiaban y despedregaban la finca aledaña. La borda era el resultado de un campo que se estaba despejando, y el campo, el de una borda que se estaba levantando. Como el muro no llevaba conglomerante, además, cortaba la subida del agua por capilaridad y garantizaba un interior seco y aireado en los meses de recogida de los pastos. Nadie hablaba de higrometría; todos sabían que la humedad es lo que pudre una borda. El paisaje, por otra parte, no acaba en el muro. El boj que rodea las bordas, el nogal de Isaba, los *cascabilleros*, la línea de *margin*. Todo eso es arquitectura vegetal, edificación con raíces. Y a mayor escala están los pastos mismos, que el rebaño mantiene abiertos. Sin ganado, el monte cierra. Lo que hoy percibimos como naturaleza pirenaica —esas lomas rasas, ese mosaico de prado y hayedo— es, en buena medida, el resultado de siglos de pisadas, de mordiscos y

de estiércol de oveja. El paisaje cultural del Roncal no es un decorado sobre el que luego se colocaron unas construcciones: es, de arriba abajo, un artefacto. De ahí también su fragilidad. Una vez retirada la escalera del ganado, el paisaje se desdibuja.

Si hubiera que resumir lo anterior en una fórmula, diríamos que una comunidad se apropia de su territorio de tres maneras que van siempre juntas. Lo habita: lo construye, lo cultiva, lo recorre. Lo nombra: le pone voz, toponimia, vocabulario. Y lo recuerda: lo celebra, lo transmite, lo discute, lo convierte en derecho. Qútese una de las tres y las otras se resienten. Una borda sin nombre es un montón de piedras; un nombre sin borda, un eco; y un pacto sin pastos, un decorado.

La Convención de la UNESCO de 2003 para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial lo supo ver al reconocer que los saberes y las prácticas no flotan en el aire, sino que van unidos a los instrumentos, los objetos y los espacios que les son propios. Hablar de patrimonio material y de patrimonio inmaterial como de dos cajones separados es cómodo para el administrador y engañoso para el etnógrafo. La *txola* sin su pastor es un montón de piedras; el pastor sin su *txola*, un recuerdo. Desde la antropología del territorio, la arquitectura vernácula no es una colección de objetos. Lo que sí ofrece es una forma de pensamiento hecha materia, y el paisaje que la rodea, la página en la que ese pensamiento se escribió. Lo que hoy llamamos sostenibilidad, los roncaleses lo llamaban, sencillamente, economía de medios.

Hoy la escalera está medio derruida. Muchas bordas se han rehabilitado, unas con más acierto que otras. ¿Qué hacer? Tres cosas, ninguna cara. Primero, documentar a la vez los muros y las palabras —los planos y los nombres, la fábrica y el uso—, mientras queden vecinos capaces de decir dónde estaba la *txola* de Shuana y para qué servía el *estiguei*. Segundo, rehabilitar con los materiales y los criterios de la propia tradición —piedra seca, madera trabajada, teja, *taska* donde proceda—. Ahora bien, hay que ser conscientes, como recuerda la Carta del Patrimonio Vernáculo Construido de ICOMOS (1999), que este patrimonio es un proceso vivo, sujeto a cambio y a adaptación continuos, y que solo se conserva con la implicación de las comunidades que lo habitan. Y tercero, sostener los usos. Un una borda sin ovejas es una ruina aplazada, y un museo, un decorado. La mejor manera de conservarla es que alguien siga necesiéndola. Cuando la *boira* vuelva a subir desde el fondo del valle y a borrar, una tras otra, las piedras del puerto, en el recuerdo, seguirán allí la *bizkarra* de abeto, el *argullón* que no deja que el agua se estanque, la teja con su sal seca, el *estiguei* con sus requesones. Y quien sepa lo que está mirando no verá un montón de piedras caídas; verá una forma de estar en el mundo, aprendida despacio, a golpe de invierno. Es una escalera que merece la pena subir, aunque sea con la memoria. Y, si se puede, también con las botas.

*Este reportaje es una colaboración especial para La Kukula basada en el trabajo realizado por Pablo M. Orduna Portús, Gema Mayer Moya, Naiara Ardanaz Iñarga y Jabi Petrotx Urzainki sobre la arquitectura pastoril del Valle de Roncal en un proyecto de transferencia de conocimiento financiado por el Gobierno de Navarra.*



Boletín impreso con la colaboración de:

Edita: Asociación Cultural La Kukula  
Depósito Legal: NA2358-2015  
www.lakukula.com info@lakukula.com



Ayuntamiento  
de Burgui  
Burgiko  
Aizua Bulgua